



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

MUJERES A CONTRALUZ: CRIADAS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX

PRESENTACIÓN DE LA SECCIÓN MONOGRÁFICA

Se dan cita, en las páginas de este monográfico, nueve miradas sobre uno de los personajes femeninos frecuentemente olvidados en los estudios sobre nuestra literatura: la criada, esa mujer, a menudo en la sombra, y abocada a habitar núcleos familiares ajenos en los que, por su singular posición, ocupa un lugar incierto e inestable.

Incierto porque sin formar parte de pleno derecho de la estructura familiar que la acoge, participa, no obstante, de los más íntimos secretos de sus engranajes: ya sea como ama, doncella, nodriza, sirvienta o cualquiera de las categorías profesionales a su alcance, es testigo, y a menudo cómplice, de esos movimientos subterráneos protagonizados por sus señoras que, en ocasiones, estremecen los cimientos del núcleo doméstico. Inestable porque el trabajo a domicilio, única salida posible para un gran número de mujeres incapacitadas para acceder a otros empleos más cualificados, no se legisla en España hasta 1926, dependiendo hasta entonces la suerte de estas mujeres del sentido de la justicia, o la munificencia, de sus amos, hombres bajo cuya tutela social se hallan.

El estudio literario que abordamos, figura de la criada y su evolución, se presenta especialmente sugestivo en el periodo histórico propuesto —que excede, atendiendo a ello, y de forma excepcional, los límites cronológicos de nuestra revista—. En apenas dos siglos, y a raíz de los cambios económicos producidos por la revolución industrial y la progresiva implantación del capitalismo, la presencia social de la criada sufre una transformación sustancial, pasando de ser una «marca» del lujo de las casas aristócratas o enriquecidas, a constituirse en presencia habitual en el hogar burgués. En el camino, los reajustes económicos alteran el mapa de las relaciones sociales, y aquellos vínculos de carácter «feudal», propios de una sociedad premoderna —como es el de amo-sirvienta, nos recuerda Lewis A. Coser¹—, comienzan a mostrar síntomas de desajuste.

Al compás de estos tiempos tan revueltos, la figura de la criada, personaje tradicionalmente de reparto, se va creciendo: liberándola poco a poco de los tópicos que la aplastaban, la literatura de los siglos XVIII y XIX comienza a explorar, y rentabilizar, el potencial que encierra. Y es inmenso, el de una mujer que gestiona vidas ajenas en el corazón de un hogar al que no pertenece, a la vez que ve negada su identidad y es relegada a una de las posiciones sociales más humildes y desvalidas. A resultas de tal combinación tiene la fuerza, como la literatura del siglo XX vendría posteriormente a demostrar —recuérdese

¹ «Servants: The Obsolescence of an Occupational Role», *Social Forces*, 52 (1973), pp. 31-40.

a Mirbeau (*Diario de una camarera*) o a Genet (*Las criadas*)—, para arrasar, desde dentro, esa estructura familiar, poniendo de paso dinamita en la base de sustentación de las relaciones sociales tradicionales.

Entre bastidores, pues, en un primer momento, y envuelta en las sombras que ese segundo plano le confiere —posición determinante, no obstante, para el desarrollo de la trama y para delimitar el contexto que sus obras recrean—, la criada avanza hasta ocupar el centro del escenario literario, constituyéndose su trayectoria en una excelente vía de acceso, tanto a las transformaciones sociales ocurridas en el periodo analizado —y su trascendental incidencia en la situación social y laboral de la mujer—, como a la evolución de la literatura española, al ritmo que dichos cambios marcaban. Para sentar las bases de reflexión sobre un panorama tan jugoso, y casi tan virgen, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba acogió, en octubre de 2013, el Seminario Internacional «Mujeres a contraluz: Criadas en la literatura española de los siglos XVIII y XIX», organizado por el Departamento de Literatura Española y el Grupo de Innovación Docente N° 48 de la Universidad de Córdoba, junto al «Grupo de Estudios del Siglo XVIII» de la Universidad de Cádiz. Era nuestra idea, al convocar dicho seminario, convertirlo en punto de encuentro y, asimismo, de partida.

Punto de encuentro entre especialistas en la literatura española de los siglos XVIII y XIX —al que también fueron invitados investigadores de otras literaturas europeas de la época y expertos en otras disciplinas—, desde el que abrir camino a la reflexión y el diálogo en torno a la figura de la criada. Punto de partida desde el que explorar, en proyectos de más amplias dimensiones, todas aquellas vías de investigación abiertas por las presentaciones, ideas y debates surgidos al calor del encuentro; el monográfico que hoy presentamos es, pues, el primer paso del camino abierto en aquellos días cordobeses —que tan gratos, por cierto, resultaron—.

Partimos, así, acompañados por nueve voces decididas a enfocar, desde distintas intenciones y ángulos, el contraluz de estas mujeres de ficción. Siete de estas voces provienen del ámbito de la crítica literaria hispánica; ensanchan y enriquecen el panorama ofrecido, un estudio sobre la figura de la criada en la pintura europea de los siglos XVIII-XIX y un análisis sobre su presencia y significación en la excelente narrativa realista portuguesa. Presentan todas ellas, decíamos, cuadros de enfoque distintos, en parte por la intención de la mirada, y en parte por la propia naturaleza del momento o ámbito elegido porque, obviamente, no es similar el peso que la criada tiene en los distintos periodos o géneros literarios, como tampoco es igual la posición que ocupa en el hogar, en la sociedad ni en la literatura una nodriza que una doncella o una criada para todo.

Y no siempre responde, ese mayor o menor protagonismo de la doméstica —ni su caracterización— a las expectativas que pudieran crear los ámbitos en que se desenvuelve. Así, sorprendentemente, en la literatura popular —pliegos sueltos— que inunda calles y caminos del periodo que recorreremos, cuyo público podemos suponer integrado en gran parte por mujeres de humilde extracción social —a quienes probablemente habría atraído ver sus afanes dignificados por la palabra—, la criada es un personaje casi invisible. Es más, porque cuando deja de serlo se convierte en una heroína de maldad: sirvientas irreverentes, depravadas, cómplices o autoras de delitos y crímenes que, a fin de cuentas, vienen a hacer de ellas ejemplares contramodelos femeninos (Juan Gomis Coloma), chivos expiatorios de los males de la sociedad (Alison Sinclair).

Sí le reservará un permanente segundo plano, mucho más moderado, el teatro del siglo XVIII, donde las domésticas representarán muy diferente papel dependiendo de la ambición literaria y sociológica de las distintas obras. Porque si bien todas ellas permanecen a la sombra de la dama a la que sirven, una gran distancia media entre el desparpajo de las

criadas que pululan por entremeses, comedias o sainetes —figura paralela a la del gracioso y portadora de los aires populares—, y las amas y nodrizas de las obras neoclásicas, reflejo en muchas ocasiones de la configuración psicológica de su señora, con la que suelen establecer íntimas relaciones que se traducen en su labor de confidentes, consejeras y enlaces con el mundo. No obstante, se presentan aquí dos incursiones en otras posibilidades ofrecidas desde las tablas dieciochescas. La primera de ellas llega a España de la mano de Goldoni, y supone la materialización de un sueño, el de la criada que se convierte en señora. Sueño excesivo para el sentido del orden de la época, por cuyos escenarios pasó sin dejar huella (Fernando Doménech Rico). La segunda nace en los márgenes de la severidad ilustrada, en esa comedia de magia en que se podía escenificar la transgresión, la de unas mujeres que centran el protagonismo de sus obras y, a la vez que sirven, se enredan en saberes artísticos e intelectuales (Ana Contreras Elvira).

Del teatro de tendencia popular del siglo XVIII, en particular del sainete, heredarán muchas de sus maneras los escritores costumbristas y, así, y aunque decididos a abrir las puertas literarias a la realidad social y mostrar, efectivamente, la ya habitual presencia social de la criada, el Costumbrismo se puebla, desmintiendo su afán notarial, de estereotipos —promiscuidad, inestabilidad laboral, impulsos delictivos, etc.— que permiten vislumbrar los límites, y riesgos, de la difícil condición social de estas mujeres (Enrique Rubio Cremades). Riesgos, de hecho, nada anecdóticos que el Realismo comenzará a rentabilizar, cediendo un papel esencial, o incluso el protagonismo, a aquellas sirvientas que —conmoviendo, sin hacer peligrar la estructura social— se constituyen en excepcionales, bien por el desamparo con el que a ellos se enfrentan, bien por la astucia con que saben manejarlos y utilizarlos en su provecho (Eva M^a Flores Ruiz).

Y en ellos, en esos riesgos, encontrará el Naturalismo radical una forma bien efectiva de elaborar su inapelable dictamen sobre la podredumbre que corroee las bases del orden social. Lo hará otorgando el absoluto protagonismo a unas jovencitas que, desde el servicio en «apacibles» hogares burgueses, ruedan hasta los abismos del vicio, la delincuencia y la prostitución (Pura Fernández). Y es que el personaje de la criada resulta muy versátil y, por ello, revelador de las posiciones ideológicas de sus creadores. Ahí están, en la narrativa realista portuguesa, las sirvientas de Júlio Dinis, ciudadanas de una utópica armonía social —realismo *tendencioso*, liberal y burgués—, frente a las de Eça de Queirós, habitantes de una sociedad abocada al conflicto y a la tragedia —realismo naturalista— (António Apolinário Lourenço).

Arropa a este sugestivo recorrido literario —brevemente expuesto— un estudio sobre las domésticas en la pintura europea de los siglos XVIII y XIX que, a modo de contraste, dibuja un mundo de serenidad levemente empañado, si acaso, por alguna pincelada de melancolía: majestuosas matronas; sirvientas que posan, gustosas, ante sus amos; criadas enternecidas ante la felicidad ajena; nodrizas de maternales instintos; niñeras pacientes y sabias; institutrices que sueñan, con la mirada fija en el horizonte, el fin de su soledad; modosos escotes que apenas insinúan... (Yolanda Victoria Olmedo Sánchez). A modo de contraste, hemos señalado, porque a excepción de esa plácida luz que la pintura arroja sobre las criadas, o de incursiones en fugaces sueños o en mágicas realidades que las elevan a dignas heroínas, el sabor que se desprende, de las páginas que siguen, es un sabor amargo. Y es que a través de la truculencia de la literatura popular, la inofensiva anécdota costumbrista, las inocuas medias tintas del Realismo o la ferocidad naturalista, se intuye, se expone o se denuncia un conflicto —el de las relaciones amos-sirvientas en la sociedad burguesa— que va más allá del reajuste a nuevas realidades sociales y económicas, y remite —como Genet sabría ver— a la inestabilidad sobre la que se asientan las convicciones sociales, a los abismos de las relaciones personales y, en último extremo, a los

borrosos márgenes y límites de la identidad. En su prólogo a *Las criadas* —donde advirtió que su obra no era un alegato sobre la suerte de las domésticas— el autor afirmaba:

Malditas o no, estas criadas son monstruos, como nosotros mismos cuando soñamos esto o aquello [...] Al estrenarse esta obra, un crítico de teatro observó que las verdaderas chachas no hablan como las de mi obra. ¿Y usted qué sabe? Yo pretendo lo contrario, pues si yo fuera chacha hablaría como ellas. Algunas noches.

Pues las criadas no hablan así más que algunas noches. Hay que sorprenderlas, ya sea en su soledad, ya sea en la de cada uno de nosotros.

Eva María FLORES RUIZ
(Universidad de Córdoba)